

LA DOCTRINA DE LAS ESCRITURAS

La Importancia de la Doctrina - C. E. HOCKING

La Biblia es la verdad de Dios para todos los pueblos, porque hay un solo Dios, y para todas las épocas, porque Dios es el Rey de las edades, el Único inmutable y eterno. Sin embargo, la Biblia no es simplemente un compendio de doctrina, ni sus doctrinas están ordenadas sistemáticamente. Lo maravilloso de la Palabra de Dios es que en ella somos enfrentados con una presentación poco estudiada de las más excelsas de las verdades con el objetivo de estimularnos al más humilde de los deberes, p. ej. Fil. 2:5-11. En los diversos contextos de la historia de Israel, y en medio de las escenas cambiantes de los procesos fundacionales de la iglesia primitiva, Dios reveló los tesoros eternos de la revelación divina a aquellas almas humildes dispuestas a hacer Su voluntad, c. p. Jn. 7:17. Todavía es así.

El Significado y la Importancia de la Doctrina. En el Nuevo Testamento hay tres palabras que se traducen con la palabra “doctrina” (doctrine) en la Versión King James. Una de estas, la palabra *logos*, se traduce así solo una vez, He. 6:1. La traducción al margen aquí es “palabra” (word), la cual se adopta como el término equivalente más común en inglés. Se refiere a la palabra hablada, cuando a su vez transmite el pensamiento interior. Las otras dos palabras, ambas provenientes de la misma raíz, se refieren al verdadero acto de enseñanza, u objetivamente al asunto que se enseña, la sustancia de la enseñanza. Cuando leemos que la Palabra de Dios es útil para doctrina (enseñanza), debemos entender que el hombre de Dios debe recurrir al asunto que está contenido en la biblioteca divina si su vida y ministerios van a estar completos y equipados para toda buena obra, 2 Ti. 3:16-17. Sin embargo, cuando a Timoteo se le exhortó a ocuparse en la doctrina (enseñanza), debemos entender que él debía dedicarse al acto público de enseñar a los creyentes, 1 Ti. 4:13. Las “doctrinas” que se consideran en este libro son una parte importante de ese material de enseñanza que debe ser entendido y enseñado entre el pueblo de Dios. El rango de la verdad abarcado aquí sobrepasa los límites a los cuales se restringen los predicadores o heraldos del evangelio. El predicador, *kerux*, se entregó a la predicación, *kerugma*, de Jesucristo, para que por la locura de la predicación pudiese salvar a algunos, Ro. 16:25; 1 Co. 1:21. El maestro levantado por Dios, *didaskalos*, debía entregarse sin reservas a su enseñanza, *didaskalia*, Ro. 12:7, con toda paciencia y doctrina (enseñanza), *didachē*, 2 Ti. 4:2.

El lugar que se le da la enseñanza en la Biblia indica algo acerca de su importancia. En el Antiguo Testamento el niño debía ser instruido en cuanto a aquellas cosas que Dios había revelado, Dt. 29:29, y el padre debía estar listo para informar y explicar en cualquier momento que su hijo cuestionara una práctica.¹ Y cuanto más sabio fue el predicador, tanto más enseñó sabiduría al pueblo, Ec. 12:9, mientras Esdras aprovechó aquella ocasión en la que todo el pueblo se congregó para escuchar la Palabra, asegurándose de que entendiesen la lectura, Neh. 8:8. Los labios del sacerdote guardaban la sabiduría, y el pueblo debía buscar la ley de su boca, Mal. 2:7. En el Nuevo Testamento el Señor comisionó a los

¹ Ex. 12:26, 27; Dt. 6:20-25.

apóstoles para que enseñaran a aquellos que habían sido bautizados “que guarden todas las cosas que os he mandado”, Mt. 28:20. Pablo, también, les recuerda a los ancianos efesios que él les había enseñado públicamente y por las casas, Hch. 20:20, porque era la Palabra de Dios la que tenía poder para sobreedificarlos, v.32. El anciano en la asamblea debía ser el que estuviese “reteniendo la palabra fiel que es conforme a la enseñanza, para que sea capaz también de exhortar con sana doctrina y refutar a los que contradicen”, Tit. 1:9 LBLA. La enseñanza de la Biblia es el fundamento dado por Dios sobre el cual debe ser construido el carácter bueno, piadoso y semejante al de Cristo, mientras también provee todo lo necesario para el desarrollo del don y el total equipamiento del hombre de Dios, para la esfera de servicio que Dios le asignó.

El Material y el Método de la Enseñanza. Pablo les recuerda a los corintios que, mientras él había plantado la obra allí, y Apolos la había continuado al regar lo que se había plantado, fue Dios Mismo quien había dado el crecimiento, 1 Co. 3:6. ¡Qué garantía nos proporciona la disposición soberana de Dios! Sin embargo, no debemos ignorar aquellos ministerios que fueron coronados por crecimiento de Dios por medio de vasos humanos. La asamblea que había sido plantada por la buena mano de Dios, ahora necesitaba ser regada y alimentada por aquellos que habían sido equipados por Dios. El simple acto de plantar tenía que ser seguido por el proceso continuo de regado. El agua que se usó fue la Palabra de Dios. Esta fue impartida línea sobre línea, la fe dada de una vez por todas, la verdad que es según la piedad, la Palabra, la doctrina conforme a la piedad, como es descrita de diversas maneras.

Esto incluía instrucción sistemática en el Antiguo Testamento. Mientras a los creyentes judíos, incluso a los prosélitos, podría esperarse que esto les fuera familiar, las muchas añadiduras de sus escribas, que no eran más que mandamientos de hombres,² exigían que desaprendieran muchas cosas con las que estaban familiarizados. De nuevo, la visión bastante revolucionaria de la interpretación del Antiguo Testamento revelada por el Señor, Lc. 24:27; 44, 45, exigía un nuevo tratamiento de lo conocido si se quería comprender plenamente la fase actual de los tratos de Dios con los hombres. Pero entonces, había muchos gentiles en las asambleas que no tenían conocimiento de la Biblia hebrea, convertidos de la idolatría con todos los problemas de “resaca” que esto podría acarrear. Los maestros de la iglesia primitiva se aplicaron a esta situación, usando el Antiguo Testamento. Son muy notables las frecuentes referencias a los escritos del Antiguo Testamento en los discursos de los Hechos, e incluso en las Epístolas dirigidas a los creyentes que eran mayormente de origen gentil.³ Evidentemente, “las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron”, Ro. 15:4. Incluso cuando los apóstoles se refieren a las Escrituras como inspiradas, es al Antiguo Testamento adonde apuntan esencialmente.⁴

A este canon firmemente establecido, los primeros maestros añadieron los dichos de Cristo Mismo durante Su ministerio entre los hombres. Claramente, Hechos capítulo 20 versículo 35 y 1 Timoteo capítulo 5 versículo 18 son ejemplos de esto, y también lo que yace detrás

² Mt. 15:9; Mr. 7:7; Col. 2:12.

³ Ver, por ejemplo, 1 Co. 10:1-11; 2 Co. 3:7; Ga. 4:21-31; Ro. 9-11.

⁴ 2 Ti. 3:16; 2 P. 1:21.

de 1 Corintios capítulo 11 versículo 23. Hay otros versículos los cuales dan sugerencias similares, pero toda la tradición oral y escrita, que tuvo la aprobación constante de Dios, llegó a ser incorporada permanentemente en los registros de los cuatro Evangelios que dan comienzo a nuestro Nuevo Testamento.

A esto se deben añadir las revelaciones dadas a los apóstoles y profetas, dadas según surgió la necesidad en la iglesia primitiva. Todas estas que serían necesarias a través de todo el curso de la historia de la iglesia, fueron finalmente atesoradas en las epístolas del Nuevo Testamento. La forma de las sanas palabras oídas de los apóstoles, fueron encomendadas a hombres fieles, 2 Ti. 1:13; 2:2. Las palabras de los santos profetas no solo debían ser recordadas, sino que el pueblo de Dios fue llamado también a obedecer el “mandamiento del Señor y Salvador dado por vuestros apóstoles”, 2 P. 3:2. Por esto, con el tiempo, las Epístolas de Pablo fueron clasificadas con las “otras Escrituras”, vv. 15, 16. Ahora tenemos en nuestras manos el canon completo del Nuevo Testamento, y la fe dada de una vez por todas a los santos, ha sido transmitida firme e inalterable, Jud. 3.⁵

En los tiempos neotestamentarios estaban preocupados, no solo con guardar el depósito encomendado a ellos, 1 Ti. 6:20, sino que se entregaron sin escatimar esfuerzos a la enseñanza de todo el consejo de Dios. Bernabé y Saulo se sintieron justificados al dedicar todo un año a la instrucción y a la exhortación a los convertidos en Antioquía, Hch. 11:22-26. Pablo, animado por el Señor con respecto a Su propósito de bendición para Corinto, enseñó la Palabra de Dios entre ellos por unos dieciocho meses, 18:9-11. Él tuvo un ministerio más extenso en Éfeso, 19:8, 10; 20:31, con resultados aún mayores, porque “todos los que vivían en Asia oyeron la palabra del Señor”, y no es sorpresa que leamos “Así crecía poderosamente y prevalecía la palabra del Señor”, Hch. 19:10, 20 LBLA. Unos años después, Timoteo fue exhortado a quedarse en Éfeso, y debía ocuparse “en la lectura, la exhortación y la enseñanza”, 1 Ti. 4:13. Y tal labor no debía estar restringida a las visitas de aquellos equipados especialmente por Dios. En cada asamblea había ancianos que eran aptos para enseñar, y estos debían trabajar “en predicar y enseñar”, 5:17.

Sin esta enseñanza consecutiva de la Palabra, las asambleas decaerían, los dones no serían desarrollados plenamente, y los creyentes individuales se enfriarían. La asamblea, en un aspecto, debe funcionar como una escuela, y las necesidades de los creyentes, a corto y largo plazo, deben ser consideradas en oración y satisfechas por aquellos que Dios ha levantado para esa función. No se nos ha dejado con dudas acerca del currículo, porque lo que es beneficioso para todos es todo el consejo de Dios, Hch. 20:20, 27. Solo este tiene poder para sobreedificar y fomentar crecimiento espiritual, v. 32; 1 P. 2:2. Por supuesto, un ambiente de aula no es el ideal, ni tampoco lo es el desarrollo de un conocimiento *meramente* académico de la verdad divina. La manera en la que los escritores de las Epístolas se entregaron a un ministerio confortador y retador, es una lección práctica para todo tiempo. Que la instrucción sea intrincadamente entrelazada con exhortación, y la doctrina con deber. Junto con la enseñanza (doctrina), también debe haber reprensión, corrección e instrucción en justicia, 2 Ti. 3:16. La obra nunca termina, nunca llegamos al

⁵ Ver también Lc. 1:1-4; Ro. 6:17; 1 Co. 11:23; 15:3; 2 Ts. 2:15; 1 Ti. 4:6; 2 Ti. 1:13; 2:2.

final. Al Señor no le interesa que a Su pueblo simplemente se le enseñen todas las cosas. Un currículo un tanto académico podría idearse para satisfacer esta necesidad. Más bien, Él define el objetivo para Sus siervos como “enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado”, Mt. 28:20. La doctrina de la Escritura es “conforme a la piedad”, diseñada no solo para informar sino para promover una vida que agrade a Dios, 1 Ti. 6:3.

Hay mucha enseñanza errada “contraria a la sana [“saludable”] doctrina”, 1:10 LBLA, incluso “doctrinas de demonios”, 4:1. Muchos del pueblo de Dios son “fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina”, Ef. 4:14. Hay divisiones y ocasiones de tropiezo por medio de la enseñanza que es “en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido”, Ro. 16:17, y “vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina”, 2 Ti. 4:3. Por tanto, debemos procurar ser “nutrido(s) con las palabras de la fe y de la buena doctrina”, 1 Ti. 4:6, ocuparnos “en ... la enseñanza”, v. 13, tener “cuidado ... de la doctrina”, 4:16, trabajar “en predicar y enseñar”, 5:17, hablar “lo que está de acuerdo con la sana doctrina”, Tit. 2:1, cuidando vivir de tal manera “que no sea blasfemado el nombre de Dios y la doctrina”, 1 Ti. 6:1, y que adornemos “la doctrina de Dios nuestro Salvador en todo respecto”, Tit. 2:10 LBLA, siendo ejemplo de buenas obras en todo mientras “en la enseñanza mostrando integridad, seriedad, palabra sana e irreprochable”, 2:7-8. Debemos perseverar “en la doctrina de los apóstoles”, Hch. 2:42, permaneciendo siempre en “la doctrina de Cristo”, 2 Jn. 9.